EN BUSCA DE UN CORAZON

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

LUIS ONECA Y CARRILLO.

MADRID
IMPRENTA DE SEGUNDO MARTÍNEZ
Travesía de San Mateo, 12

1881.

EN BUSCA DE UN CORAZON.

EN BUSCA
DE UN CORAZON

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

LUIS ONECA Y CARRILLO.

MADRID
IMPRENTA DE SEGUNDO MARTÍNEZ
Travesía de San Mateo, 12

1881.

AL ACTOR D. JORGE PARDIÑAS.

QUERIDO JORGE: *Ayer aún consideraba una locura tu firme empeño en dar la vida de la escena á este ligero juguete, débil engendro de una musa inexperta. Reconocido á tus buenos deseos, fuera de temporada y como un mero ensayo accedí á su representacion. Hoy, conmovido profundamente por el inmerecido éxito que ha alcanzado este mi primer ensayo literario, me creo en el deber de dedicártele.*

Sé el intérprete de mi gratitud para con los demás actores que tanto interés han demostrado en su desempeño, y admite cariñoso esta prueba del afecto que te profesa tu verdadero amigo

Luis.

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO DE MARTIN en la noche del 18 de Junio de 1881, en el beneficio del Sr. Pardiñas.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELVIRA..	SRA. PEREZ.
JUANA.	GUERRERO.
MATILDE.	PARDIÑAS.
BALTASAR.	SR. ESPEJO.
ENRIQUE.	LOJO.
ROQUE.	PARDIÑAS.
TRIFON..	ALBA.
JUAN.	BUSTAMANTE.
NOTARIO.	ANTONIO.

ACTO PRIMERO.

Salon decentemente amueblado ; dos puertas laterales, una al fondo; detrás de ésta jardin.

ESCENA PRIMERA.

MATILDE Y ELVIRA (bordando.)

MATILDE. No convence tu razon;
así dá á la cuestion cima.

ELVIRA. Pues eso me indica prima
que no tienes corazon.

MATILDE. Le tengo; mas no se exalta;
que duerme sueño profundo;
porque, prima, en este mundo
más estorba qne hace falta.

ELVIRA. Matilde, ¡qué ligereza!
Que tú te engañas infiero.

MATILDE. No, Elvira, no; es que prefiero
al corazon la cabeza.

ELVIRA. Permite que te replique;
si así piensas, en verdad,
te acuso de falsedad
para con el pobre Enrique.

MATILDE. (Con ironía.)
¡Oh! ¡Qué argumento tan justo!

¡Cuál tu corazon te engaña!

ELVIRA. (Con viveza y como ofendida.)
Yo pienso que desengaña
quien no ama.

MATILDE. Segun tu gusto:
que yo, ya experta en amor,
un término medio sigo,
y entre amante y entre amigo
mantengo vivo el ardor
del que me ama. Tal consejo
da la experiencia, repito:
si otro mejor no hay, admito;
más si otro hay mejor, le dejo.
Así de este modo aguardo
hacer buena boda un dia.

ELVIRA. ¡Ay! Dios quiera, prima mia,
no te lleves un petardo:
que el hombre empieza á pensar
ya, en el amor no tan ciego,
y, como descubre el juego...

MATILDE. ¿Qué?...

ELVIRA. No se quiere casar.

MATILDE. No tal; en mi tema sigo;
porque ver muy pronto espero
como á todo hombre soltero
se le impone algun castigo.

ELVIRA. Es que el hombre está escamado;
nos teme más que al infierno.

MATILDE. Yo confio que el Gobierno
nos sacará del cuidado. (Con despecho.)
Porque al fin la poblacion
justo es que alguno la atienda.

ELVIRA. ¿Quién?

MATILDE. El Ministro de Hacienda
con una contribucion.

ELVIRA. ¿Pero quién la iba á pagar?

MATILDE. De esos solteros la horda.
ELVIRA. ¡Nos armarian la gorda
por no quererse casar!
MATILDE. Hablas, prima, sin razon,
pues te gusta estar soltera.
ELVIRA. Por no tener quien me quiera.
MATILDE. ¿Cómo que nó? ¿Y D. Trifon?
ELVIRA. Pruebas no me quieres bien
al hablarme de tal ente.
MATILDE. ¿No es acaso un pretendiente?
ELVIRA. ¡¡Un nuevo Matusalem!!
MATILDE. Bueno, sí, pero tan rico
que es inmensa su fortuna.
¡Ay! haces una tontuna
al desairarle.
ELVIRA. Suplico
que ya tu discurso cese,
que ya empieza á importunar.
MATILDE. ¡Oh! yo quisiera encontrar
un Matusalem como ese.
ELVIRA. (Con desprecio.)
¿A tal ente yo propicia?
No quiero que se me tilde.

ESCENA II.

DICHAS y DOÑA JUANA, con una carta en la mano (por la izquierda.)

JUANA. (Desde dentro.)
¡¡Elvira!! ¡¡Elvira!! ¡¡Matilde!! (Saliendo.)
¡¡Chicas!! ¡¡Chicas!! ¡¡Qué noticia!!
¡¡Quién habia de pensar!!
ELVIRA. (Dejando la labor y saliendo al encuentro de Doña Juana.)
Pero... hable usted... por Dios... tia.

MATILDE. (Lo mismo.)
¿Qué pasa, pues?
JUANA. Hija mia,
una cosa singular.
ELVIRA. ¿Se quema Carabanchel?
MATILDE. ¿Han dado un susto al alcalde?
JUANA. No lo penseis; es en valde;
se trata de este papel.
MATILDE. ¿Es, por ventura, una albricia?
ELVIRA. (¿Pero qué mi tia ensarta?)
JUANA. (Mostrando la carta.)
Aquí, aquí, en esta carta
vereis una gran noticia;
sí; que no es noticia vana
y yo por tal no la estimo.
¿Os acordais de aquel primo
que teniais en la Habana?
MATILDE. ¿Baltasar?
JUANA. Sí, sí.
ELVIRA. ¿Es feliz?
JUANA. Aquí en la carta lo calla.
MATILDE. ¿Cuándo ha escrito?
JUANA. Hoy.
ELVIRA. ¿Dónde se halla?
JUANA. Hijas mias, en Madrid.
MATILDE. ¿Usted no sabía de él?...
JUANA. Hace tiempo ya, hijas mias.
ELVIRA. ¿Y ha llegado?...
JUANA. Hace tres dias.
ELVIRA. ¿Y vendrá á Carabanchel?
JUANA. Hoy mismo.
ELVIRA. ¿Hoy?
JUANA. Sí, te digo.
MATILDE. ¿Vendrá rico?
JUANA. Es natural.
ELVIRA. ¿Y viene solo?

JUANA. No tal;
que viene con un amigo.
MATILDE. ¡Oh, que gozo!
ELVIRA. ¡Qué placer!
JUANA. Tambien, tambien siento albricias.
ELVIRA. Por Dios, tia, más noticias.
JUANA. Aguardad; voy á leer. (Leyendo.)
Madrid y Julio á 14
del año setenta y cinco.
Mi siempre querida tia:
desde la Habana he sabido
noticias de ustedes todos,
que tuve por el amigo
que las hizo una visita
en Madrid. Yo no la he escrito
por el estado achacoso
en que me he visto sumido.
Ahora bien; ciertos negocios
hasta Madrid me han traido,
y queriendo visitarlas,
espero me den permiso,
para pasar unos dias
con ustedes, y un amigo
que me acompaña, que es hombre
de gran importancia y digno.
Con cariñosos afectos
á todas las comunico,
que á saludarlas, quizás,
vaya hoy mismo su sobrino.
MATILDE. Permítame usted si indico
que aún su posicion es vana.
JUANA. ¡Cómo! viene de la Habana
y quieres no sea rico?
ELVIRA. Pobre ó rico yo le estimo.
MATILDE. Pronto de dudas saldremos.
JUANA. (Meditando.)

¿En qué cuarto los pondremos?
¡Ah! este, sí, para tu primo. (El de la izquierda.)

ELVIRA. Es verdad... el más decente...

JUANA. ¿Y dónde pondré al amigo?

MATILDE. No lo sé.

JUANA. ¿Qué?

MATILDE. No lo sé, digo.

JUANA. Siempre resultará un ente
explotador de bolsillo.

MATILDE. (Como resolviendo una duda.)
La habitacion está hallada.

JUANA. ¿Cuál es?

MATILDE. La de la criada;
que duerma ella en el pasillo.

JUANA. Justo, justo, bien lo estimo
y para arreglarle parto. (Se dirige al fondo.

ELVIRA. Y yo en tanto arreglo el cuarto
que debe ocupar mi primo. (Váse, izquierda.)

ESCENA III.

MATILDE y DOÑA JUANA que retrocede desde el fondo.

JUANA. (¡Oh! Dios y que ligereza),
pues sin hablarla me voy;
con estas noticias, hoy,
he perdido la cabeza.

MATILDE. (Que ha tomado su labor al ver á doña Juana vuelve á dejarla.)
Otra vez aquí mamá...
yo arreglando te creia...

JUANA. Vengo á decirte, hija mia,
algo importante.

MATILDE. Habla ya.

JUANA. Mira: debes suponer,
yo así al ménos lo he creido,

que tu primo es un partido,
que conviene á una mujer.
MATILDE. ¿Cómo puedes pensar tal?
Esa razon aún es vana.
JUANA. Cuando él viene de la Habana
es porque trae capital.
Y si es cierto trae millones,
que le quieras te suplico;
porque, hija, á todo hombre rico
no le faltan condiciones.
Recíbele placentera,
sonríele si te mira,
evitando así que Elvira
nos gane la delantera.
MATILDE. Infundado es tu temor,
pues, siguiendo tu consejo,
si me conviene, hoy le dejo
aprisionado á mi amor;
y en seguida que se explique,
si casarme me conviene...
JUANA. Bien está que gente viene.
MATILDE. ¿Será ya?...
JUANA. No; que es Enrique.

ESCENA IV.

Dichas y ENRIQUE (por el fondo.)

ENRIQUE. Hola, señoras; buen dia
os dé el cielo.
MATILDE. (Con pesar.) (¡¡No ser él!!)
JUANA. ¡¡Cuán pronto á Carabanchel
habeis vuelto!!
ENRIQUE. Y aún volveria
más pronto, si á mi pasion
atendiera en sus consejos,

pues de Carabanchel léjos
no vive mi corazon.

JUANA. Tengo al veros un placer;
mas no extrañeis os suplique
me dispense, que hoy, Enrique,
tenemos mucho que hacer.

ENRIQUE. ¡Si he venido á importunar!...

JUANA. Nunca un amigo importuna.
Hasta despues. (Váse fondo.)

ENRIQUE. (¡Oh! fortuna;
la voy á poder hablar.)

ESCENA V.

MATILDE, ENRIQUE.

ENRIQUE. No sabeis, Matilde bella,
cuánto atormenta un pesar
al alma.

MATILDE. (Haciendo labor y con frialdad.)
¿Vais á empezar
como siempre?

ENRIQUE. (Con timidez.) Si os querella...

MATILDE. Si de un pesar el rigor
padeceis, sufra con calma.

ENRIQUE. No hay paz Matilde en el alma
cuando la avasalla amor:
que yace siempre en desvelos
alma á quien amor apura;
si no es amada en locura,
sí correspondida en celos.

MATILDE. Si amor es lucha tan ruda,
que no os alcance su mal.

ENRIQUE. Hay otro mayor áun.

MATILDE. ¿Cuál?

ENRIQUE. La incertidumbre; la duda:

males que arrancando van
del alma todo placer.

MATILDE. Fácil le será saber
que puede esperar su afan.

ENRIQUE. Temo muera la esperanza.

MATILDE. Entónces huid sin reposo
á otro cielo más piadoso
buscando al dolor templanza.

ENRIQUE. (Con pasion.)
¡¡Huir de aquella á quien se ama
por olvidarla!! ¡¡demencia!!
quien bien ama, con la ausencia
más áun reanima su llama.
Es locura, insensatez,
pretenda nuestra razon
dominar un corazon
que late enfermo tal vez.
¡Ay! que si el alma se inflama
respirar no sabe loca
otro aire que el de la boca
de la mujer á quien se ama;
y aunque herida en sus enojos,
mayor haga su desvelo,
mirar no sabe otro cielo
que el que ella ostenta en sus ojos.

MATILDE. (Dejando la labor y disponiéndose á marchar.)
Tan loca es vuestra pasion,
si es tal como la pintais,
que casi, casi, inspirais...

ENRIQUE. (Con ansiedad.)
¿Qué, Matilde?

MATILDE. (Ironía.) Compasion.

ENRIQUE. ¡¡Compasion!!

MATILDE. Sí.

ENRIQUE. (¡¡Qué mujer!!)
Escuchadme. (Deteniéndola.)

MATILDE. (Con desden.) (¡¡Qué osadía!!)
Os escucharé otro dia;
hoy tengo mucho que hacer.
Y aunque lo que vale estimo
vuestro trato y vuestro porte,
como viene de la córte
á visitarnos un primo,
esto me ocupa; así, pues,
luego oiré su conferencia.
ENRIQUE. (Apartándose como resentido.)
Id en paz.
MATILDE. Con su licencia. (Váse derecha.)
ENRIQUE. Matilde, humilde á sus piés.

ESCENA VI.

ENRIQUE. Siempre esa chica lo mismo;
eludiendo el responder;
el alma de la mujer,
bien dicen, es un abismo.
Por comprenderla me afano
caso inútil y prolijo.
¡¡Que bien acertó quien dijo
ser la mujer un arcano!!
¡Oh! ya llegará ocasion
en que ella al fin se me explique.

ESCENA VII.

ENRIQUE, D. TRIFON (por el fondo derecha.)

TRIFON. Muy buenos dias, Enrique.
ENRIQUE. Hola, señor D. Trifon.
TRIFON. ¿Cómo es que nunca me espera?
ENRIQUE. Hoy no es justo su reproche;

pues iba á salir el coche
y usted...

TRIFON. Vamos, calavera,
sé conmigo más sincero;
confiesa que tu pasion
es el único aguijon...

ENRIQUE. No lo creais, caballero;
que reñirle con rigor
debiera.

TRIFON. Vah; no me riñas.
¿Mas dónde están esas niñas?
¿Han salido?

ENRIQUE. No señor,
y á hablarlas no os animo,
que están señor D. Trifon
preparando habitacion
para alojar aquí un primo.

TRIFON. (Con desconfianza.)
¡Un primito! ¡Vive Dios!
que me escamo... porque al fin...
un primo...

ENRIQUE. (Cogiéndole del brazo.)
Venga al jardin:
allí hablaremos los dos.

TRIFON. Vamos allá... pero... si
ese primo me disgusta.

ENRIQUE. Tanto D. Trifon se asusta
que ya recelo ¡ay de mí! (Váse fondo.)

ESCENA VIII.

ELVIRA (por la izquierda mirando por el fondo.)

¡Calla! ¡calla! D. Trifon
en el jardin con Enrique;
va hacer al fin que me explique

para darle una leccion.
¡¡Qué tipo más singular
en amor hace!! «Por Dios
yo te amo...» dice, y la tos
no le permite acabar.
Cubrir su calva y su nuca
con pelo postizo pudo;
pero ¡ay! que á cada estornudo
se le tuerce la peluca.
Por fuerza tiene el demonio
quien con un viejo se casa,
ó es que algo de oculto pasa
en tan lindo matrimonio;
pero no me importa, no,
que estoy de tal caso lejos;
cargue el que quiera con viejos
que estoy por lo jóven yo.

ESCENA IX.

ELVIRA, BALTASAR y ROQUE por el fondo el primero decentemente vestido, el segundo con un lujo ridículo.

BALTASAR. (Al paño.)
(¡Ah! la emocion me avasalla.)
ROQUE. (Á Baltasar.)
Vamos chico no te espante.
(Á Elvira.)
¿Da su permiso?
ELVIRA. Adelante.
BALTASAR. (¡Cuan mi corazon batalla!)
ELVIRA. (Por la emocion que yo siento
juzgo que uno es Baltasar.)
ROQUE. (Á Baltasar.)
Empiezo á *desembuchar*.
BALTASAR. (Á Roque.)

Roque espérate un momento.

ROQUE. (Lo mismo.)
Es que esperar da querella.

BALTASAR. (Con qué dulzura me mira.)
(Con timidez.)
¿Vos sois, señorita?...

ELVIRA. Elvira.

BALTASAR. (¡¡Elvira!! ¡¡Elvira!! ¡¡Y qué bella!!)

ROQUE. (Á Baltasar.)
Mas no espero en tal rigor
salgamos de la estacada.
(Á Elvira.)
Si no es usted la criada
de usté un abrazo al señor

ELVIRA. ¿Por qué? ¿quiere usté explicar?

ROQUE. Toda explicacion suprimo:
este señor es su primo.

BALTASAR. (Corriendo hácia Elvira.)
Sí, Elvira, sí.

ELVIRA. (Tomando las manos á Baltasar.)
¡¡Baltasar!!

ROQUE. (Frio, por Dios es el lazo,
no tiene el pobre solapa,
¡¡con una chica tan guapa
desperdiciar un abrazo!!)

ELVIRA. ¿Y estás bien?

BALTASAR. Sí.

ELVIRA. ¡¡Qué alegría!!

BALTASAR. ¿Y tú?

ELVIRA. Yo, perfectamente.
Pero deja que me ausente
para avisar á la tia.

BALTASAR. ¿Vuelves pronto?

ELVIRA. Sí, al momento;
conque hasta hora. (Váso derecha.)

BALTASAR. Adios primita.

ESCENA X.

ROQUE y BALTASAR.

ROQUE. Tanta frialdad me irrita;
vamos, eres un jumento.
¡¡No abrazarla!!

BALTASAR. ¡¡Qué dirias!!
¿Qué así los primos se enlazan?

ROQUE. ¡Ay¡ chico cuantos se abrazan
y se ven todos los dias.

BALTASAR. Accion era atentatoria.

ROQUE. Pues si llego á ser el primo,
el abrazo que la arrimo
no se va de su memoria.
Si muestras tal frialdad
¡oh! con la otra, por Dios vivo
te van á juzgar esquivo.

BALTASAR. No suele haber libertad
do no hay afecto profundo.
Crecí léjos y yo no hallo...

ROQUE. Vamos eres el caballo
más pacífico del mundo.
Más aquí están.

BALTASAR. Osadía;
cumple bien con tu destino.

ROQUE. No hay temor.

ESCENA XI.

Dichos, JUANA, ELVIRA y MATILDE (por la derecha.)

JUANA. ¡¡Caro sobrino!!

BALTASAR. ¡¡Mi quiridísima tia!!
Cuán celebro que mi estrella

hoy el placer me permita...

JUANA. ¡Oh, sí!

BALTASAR. ¿Y esta señorita? (Por Matilde.)

JUANA. ¡¡Matilde!!

BALTASAR. (Tambien es bella.)

ELVIRA. (Se saludan.)
Reine la cordial franqueza.

JUANA. ¿Con qué vienes de la córte?
(Ofreciendo una silla á Baltasar y señalando otra á D. Roque.)

BALTASAR. (Tomando una silla.)
Sí, señora, sí.

MATILDE. (En su porte
solo descubre pobreza)

BALTASAR. Dispénsenme ustedes.

JUANA. Pues...

BALTASAR. Si les presento este amigo

JUANA. Basta que venga contigo
para estimarle.

ROQUE. (Haciendo cortesías grotescas.)
A los piés
de chicas tan placenteras
fiel servidor me declaro.

ELVIRA. (¡Este hombre es un tipo raro!)

MATILDE. (¡Que extravagantes maneras!)

JUANA. Te ruego ya que suprimas
los cumplidos.
(Sentándose é invitando con la mano hacer lo mismo á Baltasar. Todos toman asiento y Roque con mucha importancia.)

ELVIRA. Sí, en verdad.

JUANA. Y bien, con sinceridad,
¿qué te parecen tus primas?

BALTASAR. Allá en la Habana criado,
pues niño fuí, con anhelo
he vivido bajo el cielo
de aquel diamante preciado;

¡¡qué paisajes ví, señora!!
Porque es tanta la riqueza
de aquel país, que belleza
por donde quier atesora;
más belleza no creí
que se pudiera admirar,
pero llego á contemplar
hoy más hermosura aquí:
que competir aquel suelo
no puede con esas almas, (A sus primas.)
ni en esbeltez por sus palmas,
ni en dulzura por su cielo;
que al verlas todos dirian
que si en la Habana hay primores,
en cambio, no nacen flores
como las que aquí se crian.

MATILDE. Mil gracias.

JUANA. Eres muy fino.

ELVIRA. Agradezco tu atencion.

BALTASAR. Justicia y no adulacion
fué lo que dije.

ROQUE. (Con importancia.)
Imagino
que esa idea me produjo
tal belleza, que aún admiro;
¡¡bah, chico, si son un tiro,
para un carruaje de lujo!!

JUANA. (¡Qué atroz manera de hablar!)

MATILDE. (¡Qué nuevas galanterías!)

ELVIRA. (A las dos caballerías
nos ha venido á llamar).

ROQUE. Sostendré opinion cumplida,
siendo franco, aunque algo bronco
de que sois las dos el tronco
mejor que he visto en mi vida.

MATILDE. (¿Si tendrá este hombre manías?)

ELVIRA. (¿Si será algun tarambana?)
JUANA. (A Baltasar.)
¿Es costumbre allá en la Habana
hablar de caballerías?)
ROQUE. En mis palabras leales
sólo hay justicia en rigor
ELVIRA. (¡¡Si áun creerá que es favor
el tratarnos de animales!!)
JUANA. (A Baltasar.)
Sabes que confusa toda
me deja. (Señalando á Roque.)
BALTASAR. (A Juana.)
¿Sí? No se asombre:
como es millonario el hombre
habla como le acomoda.
JUANA. (Lo mismo.)
¿Con qué es rico?
BALTASAR. (Con indiferencia.) ¡Millonario!
JUANA. (Lo mismo.)
Entónces, tienes razon;
no tiene, no, obligacion
de hojear el diccionario.
(En general.)
Mas, díme ¿y tu posicion,
será buena eh?...
BALTASAR. No; es muy séria
(Con mucho rubor y vacilando.)
tia estoy... en la miseria.
MATILDE. (¡Oh! Dios mio que baldon.)
BALTASAR. La verdad, aunque no cuadre.
JUANA. ¿No heredaste nada, nada?
BALTASAR. Quedó mi casa arruinada
con la muerte de mi padre.
JUANA. ¿No tuvísteis capital?
BALTASAR. Fué mi casa millonaria.
JUANA. ¿Y cómo así en tan precaria

situacion te dejó?

BALTASAR. El mal,
es incansable si teje
nuestra desdicha y desdora...

ROQUE. En fin, fué un vuelco, señora,
que les partió por el eje.

JUANA. Cree en verdad que lastimo
tu posicion y pesar.

MATILDE. (No me engañó Baltasar.)

ELVIRA. (¡Qué desgraciado es mi primo!)

JUANA. (Levantándose.)
Baltasar, de tus desgracias
ya nos harás el relato;
(Á Roque con mucha amabilidad.)
que ahora descansar un rato
querreis, ¿no es verdad?

ROQUE. Mil gracias;
siempre á su disposicion.

BALTASAR. Yo tambien acepto humilde.

JUANA. Entónces, muestra Matilde
al primo su habitacion.

ELVIRA. (Á D. Roque.)
Espero hagais el favor
de seguirme hácia allá afuera.
(Roque sigue á Elvira que se dirige al fondo. Doña Juana muy irritada les corta el paso.)

JUANA. ¡¡Jesús y que calavera!!
¿Dónde llevas al señor?

ELVIRA. (Con naturalidad.)
Le llevo al cuarto...

JUANA. ¡¡Qué ultraje!!
¿Va siendo tu juicio inepto?

ROQUE. (Vaya, aumenté de concepto)
¿y quién no...? ¡Con este traje!)

BALTASAR. (Estoy peor que en un potro.)

JUANA. (Señalando la habitacion de la izquierda.

Que le lleves ahí te intimo.
ELVIRA. ¿Y dónde pongo á mi primo?
JUANA. ¿Dónde ha de ser? en el otro.
MATILDE. (Á Roque y señalando á la izquierda.)
Esa su habitacion es.
ELVIRA. Sígueme tú Baltasar.
ROQUE. Usted ha de dispensar... (Á Juana.)
BALTASAR. Hasta luego.
ROQUE. Hasta despues.
BALTASAR. (Veo lo que no quisiera
y hacen mi juicio zozobre.)
(Váse con Elvira por el fondo.)
ROQUE. (Como han sabido que es pobre
le mandan á la perrera.) (Váse izquierda.)

ESCENA XII.

JUANA y MATILDE.

JUANA. Por lo mucho que te estimo
debo darte un buen consejo,
al decirte que ese viejo
vale mucho más que el primo.
Obra pues como conviene,
mas no olvides en rigor
es el amante mejor
el que más dinero tiene. (Váse derecha.)

ESCENA XIII.

MATILDE, pensativa.

Ridículo es ese sér,
en su porte y en su traje...
y luego usa tal lenguaje
muy propio para ofender.

¿Mas qué es lo que debo hacer? (Dudando.)
¿Qué? (Con resolucion.)
Buscar una ocasion
de inspirar tierna pasion
á ser tan extraordinario.
Sí, sí, ¿para un millonario
quién no tiene corazon?

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

BALTASAR y ROQUE.

BALTASAR. (Señalando á la izquierda.)
¿Ahí estarás bien, amigo?
ROQUE. ¿Y tú digno Baltasar?
BALTASAR. Cuando salgo á respirar,
mi cuarto juzga.
ROQUE. Te digo
que es estraño lo que pasa,
¡¡tú en un cuarto que imagino
es indigno del sobrino
de la dueña de la casa!!
BALTASAR. Yo no lo extraño, en rigor
que mi tia, te aseguro,
no tendrá otro y de su apuro
salió dándome el peor,
sin los muebles necesarios,
mas ya ves, entre parientes...
ROQUE. (Dándose importancia.)
No tal; son inconvenientes
de viajar con millonarios;

pues si tú hubieras venido
con un amigo cualquiera,
no habitaras la perrera
adonde á parar has ido;
si fuese un estudiantillo
quien á esta casa llegase
contigo, bien, pase, pase,
¡¡pero hombre de tanto brillo!!...

BALTASAR. Basta; ese tema retira
pues, lo que quiero es saber
si te has llegado á entender,
cual te rogué, con Elvira.

ROQUE. He podido hablarla al fin,
pero que el diablo la guarde.

BALTASAR. ¿Cuándo Roque?

ROQUE. (Con pena.) ¡Ay! ayer tarde
hallándola en el jardin,
pinté mi pasion sin tacha
y... (Con gesto de sentimiento.)

BALTASAR. ¿Por qué, Roque, te apuras?

ROQUE. Porque con las herraduras
me recibió la muchacha.

BALTASAR. ¿Te dió calabazas?

ROQUE. Sí.

BALTASAR. Quizá enamorada de otro...

ROQUE. Tal vez; porque he visto un potro
que no me ha gustado á mí.

BALTASAR. Permite que te replique
si crees que D. Trifon...

ROQUE. ¡Oh! no era de ese alquilon
de quien hablaba, es de Enrique.

BALTASAR. ¡Hombre á meditar no esperas!

ROQUE. ¡Qué sabes tú lo que pasa!

BALTASAR. Son amigos de la casa.

ROQUE. Ó amantes de las caseras. (Con misterio.)

BALTASAR. (Con severidad.)

No vierta tu lábio el mal.
ROQUE. ¿Yo el mal? ¡Ay triste de mí!
Oye lo que escuché allí (Señalando al jardin.)
oculto tras de un rosal.
«D. Trifon no haya cuidado»
(Cambiando de voz.)
decia Enrique. «Yo estimo
»en lo que vale ese primo
»mas él nos hunde.» Irritado
replicaba D. Trifon.
«Y no creo extraordinario
»que ese imbécil millonario
»dé en tierra con mi pasion.»
«—Deseche usted el temor»
(replicó Enrique) «que el trance
»le puede acabar un lance
»de esos que llaman de honor.
»Yo despacho á Baltasar
»y usted á ese hombre tan rico.»
Y entónces el muy borrico
hizo ademan de pinchar.
«—Y en el caso imaginario
»de que á ellos afecto tomen
»de un balazo en el abdómen
»acabais al millonario.»
A discurso tan feroz
¡ay! yo mis iras reprimo;
pero estuve si le arrimo
al matachin una coz.
BALTASAR. Cuánto celebro que hablaran
de ese modo.
ROQUE. ¡¡Baltasar!!
BALTASAR. ¿Y tú qué hiciste?
ROQUE. Callar
para que no me trincharan.
BALTASAR. No debistes...

ROQUE. ¡Cómo! ¡Vaya!
Y aún dijeron...
BALTASAR. ¡¡Qué osadías!!
ROQUE. Que vendrán todos los dias
para tenernos á raya.
BALTASAR. Si quieres no te se tilde
de cobarde...
ROQUE. ¡¡Por favor!!
BALTASAR. Es preciso que tu amor
declares hoy á Matilde.
ROQUE. Pero...
BALTASAR. Probemos su afecto;
que con calma la razon
estudie ese corazon;
sepamos si es, en efecto,
digna de amarla.
ROQUE. ¿Y si vieras
que era su corazon cobre?
BALTASAR. No preferirá al más pobre.
ROQUE. ¿Y si tú la amas de veras?
BALTASAR. No temas vacile yo
que el pobre no há otro tesoro
que el de su propio decoro
y si una vez le perdió
en vano es que le reclame,
que aunque fortuna recobre
es cada dia más pobre
cada dia más infame;
por eso quiero poner
hoy á prueba esa pasion
y saber si el corazon
es digno de esa mujer;
si el corazon es sincero,
si el amor es puro y noble
fuerte como añoso roble
jamás se humilla al dinero.

ROQUE. ¿Lo quieres? Siga la intriga,
mi amor la declararé
y aquel que Dios se la dé
San Anton se la bendiga.
Aquí vienen.

BALTASAR. Firme, pues.

ROQUE. Ya me sobrará osadía.

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA JUANA, MATILDE y ELVIRA, las últimas deben llevar algunas flores en la cabeza. (Salen derecha.)

JUANA. Tengan ustedes buen dia.

ROQUE. Señoras, beso sus piés.

JUANA. (Á las chicas.)
Ya va siendo más afable.

ELVIRA. (¡Cuánto pueden los millones!)

MATILDE. (En el fondo, condiciones,
tiene de ser muy amable.)

JUANA. (Á Roque.)
¿Y se ha descansado?

ROQUE. Sí.
¿Y usted señora?

JUANA. Muy bien.

ROQUE. ¿Y ustedes niñas?

MATILDE. Tambien.

ELVIRA. ¿Y tú, primo?

BALTASAR. Así, así.

ROQUE. ¡¡Para salir preparadas
están ya!! (Á Matilde.)

MATILDE. Si es su deseo. (Con galantería.)

ROQUE. ¡Oh! no, más como las veo
tan temprano aparejadas.

ELVIRA. (Á doña Juana.)
¡¡Pensamiento más selecto!!

JUANA. (Á Elvira.)
¿Qué extrañas?
ELVIRA. Esos reproches.
JUANA. Son lenguaje de los coches
de un millonario.
ELVIRA. En efecto.
BALTASAR. (Á Roque.)
Cuidado, Roque, cuidado
cambia pronto de sistema.
MATILDE. (Proporcionémosle tema.)
¿Le gusta á V. mi tocado?
ROQUE. Adecuado á su atalaje.
ELVIRA. (Otra nueva impertinencia.) (Á Juana.)
JUANA. (Solamente una licencia (Á Elvira.
gramatical.)
ELVIRA. (¡¡Qué lenguaje!!)
BALTASAR. (Á Matilde.)
Tan bella al cielo le plugo
hacerte, que está probado
que de tu propio tocado
Matilde eres el verdugo;
porque esas flores hermosas
con que adornas tu cabeza
de tu angélica belleza
van mostrándose envidiosas,
pues no puede haber tortura
ni otro castigo mayor
que una flor ver á otra flor
que la vence en hermosura.
MATILDE. Gracias.
JUANA. Hablar, por hablar.
ROQUE. Ha dado, ha dado en el toque.
MATILDE. (Qué lástima que D. Roque
no hable como Baltasar.)
JUANA. ¿No van un rato al jardin? (Á Roque.)
(Aparte á Matilde.)

(A ver si haces que se explique.)

MATILDE. (Á Juana.)
(Ya veremos.)

ELVIRA. (Pobre Enrique
serás la víctima al fin.)

MATILDE. (A Roque.)
Ved que el jardin nos convida
á dar en él un paseo;
si gustais...

ROQUE. Es mi deseo
complacerla en cuanto pida.

MATILDE. Entónces á pasear.

ELVIRA. (¡Ay! este hombre allí se pierde
en percibiendo lo verde
¿quién le puede sujetar?)

(Roque á la puerta del fondo espera á que salgan las chicas y al pasar las hará cortesías grotescas.)

ROQUE. Adelante, pues.

MATILDE. Qué fino. (Váse.)

ROQUE. ¡Salero, viva la sal!

ELVIRA. No tiene de racional
ni la figura. (Vánse.)

JUANA. Sobrino.

(Baltasar que va á salir en pos de Elvira vuelve al proscenio.)

ESCENA III.

JUANA y BALTASAR.

BALTASAR. ¿Llama?

JUANA. (Indicándole que se siente y tomando ella asiento.)
Tenemos que hablar.

BALTASAR. (Sentándose.)
(¿Si penetrará el misterio?)

JUANA. Debo hablarte muy en sério

de tus cosas, Baltasar.
¿Qué es lo que piensas hacer?

BALTASAR. Trabajar para vivir.

JUANA. Eso es fácil de decir
mas difícil de emprender.
Concreta tu pensamiento
sólo á un trabajo; si tal.

BALTASAR. Me es todo trabajo igual
como baste á mi sustento.

JUANA. Bien, bien, y esto no te asombre
aunque á tu gusto no cuadre
no creo que de tu padre
no heredases...

BALTASAR. Sólo el nombre.
Nombre intachable, eso sí,
y que en él poco vivió;
pero al heredarle yo
debia empañarse en mí.

JUANA. Suspensa quedo, en verdad,
con lo que dices, sobrino;
pues á comprender no atino...

BALTASAR. Vais á saberlo; escuchad:
De mi padre el capital
no era muy grande al partir,
pero en la Habana adquirir
pudo uno tan sin igual
como justo y merecido
por su fruto del trabajo
con el que, tia, se atrajo
un crédito tan crecido
que no conoció rivales;
y á sus cálculos prudentes
quisieron mil imponentes
confiar sus capitales.
Un dia el hado cambió
y en una empresa fatal

en que arriesgó el capital,
todo tia se perdió.
Mi padre tal desventura
sufrir no supo en rigor
y antes que su deshonor
prefirió la tumba oscura.
Procedí con hidalguía
y en trance y dolor tan fuerte
de pagar, tuve la suerte,
cuanto mi padre debia.

JUANA. Ese digno proceder,
honra á tu padre imagino.

BALTASAR. Pero en cambio su sobrino
hoy no tiene que comer.
No me aflige, no, el penar
de mi triste situacion;
lo que causa mi afliccion
saber es que hay sin pagar
un capital y sagrado,
que quedó, supe en Madrid
de una huérfana infeliz
un capital olvidado.

JUANA. ¿Y asciende á mucho su importe?

BALTASAR. A mil duros.

JUANA. ¡¡Santa Juana!!
¿Y esa chica está en la Habana?

BALTASAR. Ahora, tia, está en la córte.

JUANA. ¡Oh! yo espero no te venza
ese escrúpulo.

BALTASAR. ¡Ay de mí!
si ayer al verla sentí
el fuego de la vergüenza.

JUANA. ¿A ella viste?

BALTASAR. Sí, en verdad.
El recordar su presencia
me aterra, pues su existencia

la debe á la caridad.
Al verme me conoció,
yo quise ocultarme, en vano,
que con acento tirano,
y cruel así me habló:
«Tú eres Baltasar aquel
»hijo del gran millonario
»que en estado tan precario
»me ha dejado y tan cruel.»
Yo me aparté con horror
de la mísera indigente
pero ¡ay! cubierta mi frente
de vergüenza y deshonor.
Llorando, pues, mi baldon
de la familia al hogar
vengo para ver de hallar
en él tia un corazon.

JUANA. ¡¡Un corazon!!
(Con mucho asombro y desconfianza.)

BALTASAR. No os asombre.

JUANA. ¿Y qué pretendes? si tal.

BALTASAR. Que pagueis el capital
para salvar nuestro nombre.

JUANA. (Levantándose.)
Jesús, Jesús qué locuras.
¡¡Qué salida!!

BALTASAR. ¿Qué la pasa?

JUANA. Sólo verás en mi casa,
hijo mio, desventuras.
Nuestra posicion presente
no es nada buena. (¡Qué chico!)

BALTASAR. Dicen mi tio era rico.

JUANA. ¿Y quién dice eso? la gente
murmuradora, en verdad,
que en todas partes vé el agio
mas ya sabes el adagio:

« de dinero y santidad... »
BALTASAR. A mi situacion fatal
culpa tia si soy franco,
que no ignoro que en el banco
teneis un buen capital.
JUANA. Baltasar ¡qué desatino!
¿Nosotras? ¡Oh! no...
BALTASAR. Bien basta.
JUANA. ¿Tú sabes lo que se gasta
en estos tiempos sobrino?
BALTASAR. No me pude figurar...
JUANA. Mira, aquí somos tres séres,
pero al ser las tres mujeres,
tú no puedes calcular
cuanto gasto hay importuno;
sí, en estos tiempos fatales
se gasta diez capitales
una mujer ¿cómo uno
entre tres no han de acabar?
que si ántes á la mujer
se la enseñaba á coser.
hoy se la enseña á gastar.
Vé y repara en todas partes
cual se vive y no importunes
verás que el traje del lúnes
ya no sirve para el mártes;
y aunque todo es gasto vano
no hay remedio cual tú ves;
tambien hay que hablar francés
meter ruido en el piano,
y marchando sin demora
de ese gran mundo á la pista,
si gastos con la modista
gastos con la peinadora.
Como esto el tiempo te tasa
tambien preciso es tener

quien te guise de comer
y quien te barra la casa.

BALTASAR. (Medio mútis al fondo.)
Dad á vuestro tema fin.

JUANA. ¿A donde vas Baltasar?

BALTASAR. No temais; á desahogar
voy mi dolor al jardin;
que si ántes era profundo
vos le habeis hecho mayor
despreciando así mi honor
y respetando así al mundo.
Mas os diré con voz clara
que no hay moda de más prez
que llevar de la honradez
el noble sello en la cara.
Seguid, pues, vuestro destino
pero yo os juro á fé mia
no os quiero como tia
no me tengais por sobrino. (Váse fondo.)

ESCENA IV.

Doña JUANA.

¡Qué insolente y qué feroz!
¡¡Vaya un sobrino grotesco!!
reniego del parentesco,
¡pues es mi pérdida atroz!
¡¡Y qué escena!! ¡¡ Oh!! ¡¡ Qué audaz,
si he visto otro no recuerdo!!
Y se irá; por lo que pierdo
que vaya el señor en paz.
Que á otra que le salve acuda
de sus amargos destinos.
Bien dicen; que los sobrinos
los dá el demonio, sin duda.

ESCENA V.

Doña JUANA, TRIFON, ENRIQUE, por el fondo.

TRIFON. Señora, á los piés de usted.
ENRIQUE. Rendido y fiel servidor.
JUANA. ¡Enrique y Trifon!
TRIFON. (A Enrique.) (Valor.)
JUANA. Con que tambien la merced
nos haceis hoy de venir...
ENRIQUE. Señora nuestra presencia
sólo indica que una audiencia
os venimos á pedir.
JUANA. (Con festivo tono.)
¿Una audiencia? Concedida.
Siéntense. Espero se explique. (A Enrique.)
ENRIQUE. No espereis que me decida (A Trifon.)
que juzgo, que entre los dos
mejor os oirá, en verdad;
siquiera por vuestra edad
á vos corresponde, á vos.
TRIFON. Señora la situacion
de Enrique y mia es muy clara
pues llevamos en la cara
el sello de esa pasion
que un afecto tierno inspira
y hace del altivo humilde,
éste adorando á Matilde
y yo á su sobrina Elvira.
Mas como amor indeciso
entre dudas nos devora
queremos saber, señora,
si aceptais el compromiso
de nuestro cariño tierno
admitiendo...

JUANA. Ya imagino...
¿A vos Trifon por sobrino?

TRIFON. Justo, y á Enrique por yerno.

JUANA. Aunque aceptaros se inclina
mi afecto, caro Trifon,
ya comprendeis, la eleccion
es de mi hija y mi sobrina;
y á lo más que mi interés
alcanza es averiguar
su manera de pensar
y decírosla despues;
forzoso será que aguarde
un par de horas D. Trifon.

TRIFON. Bien; ¿y esa resolucion...?

JUANA. Podreis saberla más tarde.

ENRIQUE. Si aguardar es necesario
paciencia, mas vos señora...

JUANA. (Interrumpiéndole vivamente.)
Por favor callad ahora
no se entere el millonario.

ESCENA VI.

Dichos, ROQUE, MATILDE y ELVIRA, por el fondo.

ROQUE. No paseis más adelante
ya he visto esta habitacion.

MATILDE. ¿Tiene gran ventilacion
no es verdad?

ROQUE. Más que un pescante.

TRIFON. (A Enrique.)
El millonario ya pasa
de animal.

ENRIQUE. (A Trifon.) Me causa spleen.

ROQUE. (Reparando en Enrique.
Calla está aquí el matachin.

JUANA. ¿Estabais viendo la casa?
ELVIRA. (De fijo que al hablar ladra.)
ROQUE. Sí, sí.
JUANA. ¿Y os gusta?
ROQUE. No tal;
pues falta lo principal.
JUANA. ¿Y qué es, D. Roque?
ROQUE. (Con naturalidad.) Una cuadra.
MATILDE. (No sale de su registro
dando á las bestias tributo.)
ENRIQUE. (Este infeliz por lo bruto
va á llegar á ser ministro.)
ROQUE. La casa está bien dispuesta,
está bien sacada á escuadra,
¿pero quién no hace una cuadra
en una casa como esta?
JUANA. (A las chicas.)
(¡Qué disgusto le produjo
no encontrar cuadra!)
ELVIRA. (A Juana.) (Sí tia.)
JUANA. (Lo mismo.)
(Distraerle de esa manía.
MATILDE. (A Roque.)
¿Le gusta á usted el dibujo?
ROQUE. ¡El dibujo es mi locura!
ELVIRA. Pues nos hará la merced
de examinar.

(Tomando de sobre una mesa dos pliegos y entregándoselos á Roque.)

ROQUE. (Examinando los dibujos.)
Sí, pardiez.
ENRIQUE. (¿Si estará fuerte en pintura?)
TRIFON (A Enrique.)
Si mi rio no me riña.
MATILDE. (Acercándose á Roque y mostrándole uno de los dibujos.)

Este, D. Roque, es el mio.

ROQUE. No me hace gracia el paisaje.

ENRIQUE. (Pues, señor, por lo salvaje
vale un imperio este tio.)

ROQUE. Este es mejor.

TRIFON. (A Enrique.) Es seguro
otro rebuzno.

ENRIQUE. (A Trifon.) En efecto.

ELVIRA. ¿Le encuentra usted más perfecto?

ROQUE. Sí, Elvirita, por lo oscuro.
(Distraido hace un cucurucho con el dibujo.)

TRIFON. Está en el dibujo ducho.

ENRIQUE. Sois un profesor ¡pardiez!

JUANA. ¿Pero qué es lo que hace usted?

ROQUE. ¿Yo, señora? un cucurucho.

JUANA. ¿Y el dibujo...?

ROQUE. Es mi primor:
por él he hecho hasta locuras.

JUANA. (A Elvira.)
Enséñale las pinturas,
Elvira, del corredor.

ROQUE. ¿Hay allí dibujos?

JUANA. Sí.

ELVIRA. No creais que son grotescos.

ENRIQUE. Creo que son unos frescos.

ROQUE. Lo que más me gusta á mí;
pues sepa usted doña Juana
que en pescados y en pinturas
Roque está por la frescura
por ser la cosa más sana.

ELVIRA. Ea, pues.

ENRIQUE. Vamos allá.

ROQUE. Vamos, ¡por santa Clotilde! (Medio mútis.)
¿Cómo, se queda Matilde?

MATILDE. Un momento con mamá
tengo que hablar, sí.

ROQUE. Lo siento.
MATILDE. Mas no tardaré imagino.
ROQUE. (Haciendo cortesías grotescas á Elvira.)
Mueva usté ese cuerpo *endino.*
ELVIRA. ¡¡Qué atrocidad!! (Vase fondo derecha.)
TRIFON. ¡¡Qué talento!!
ENRIQUE. Es un ente mi rival. (A Trifon.)
no temo sus condiciones.
TRIFON. ¡Ay! Enrique los millones (A Enrique.)
hacen sábio á un animal. (Vánse fondo derecha.)

ESCENA VII.

MATILDE y JUANA.

JUANA. Rompe del silencio el dique.
que seas franca te intimo.
MATILDE. ¿Has hablado con el primo?
JUANA. Sí, hija mia, y con Enrique,
que, en alas de su pasion
con Trifon vino á pedir
tu mano.
BALTASAR. (Cruzando desde el fondo á una de las puertas laterales donde permanece oculto.)
(Las podré oir
desde aquí.)
MATILDE. Mi situacion
se vá haciendo violenta;
que ese ser extraordinario...
JUANA. Hablemos del millonario (Con mucho interés.)
¿qué te dijo? cuenta, cuenta.
MATILDE. Oye mamá, ese Señor
con su desairado porte
empieza á hacerme la corte.
JUANA. ¿Y tú admitirás su amor
que no es despreciable artículo?

MATILDE. Al ridículo he temido.
JUANA. No temas, no, que un marido
millonario no es ridículo.
MATILDE. A tus razones vencida.
BALTASAR. (Dí mejor á tu egoismo.)
MATILDE. Vengo á opinar yo lo mismo
y estoy al fin decidida.
JUANA. Pues vamos con los demás.
No estén de impaciencia llenos.
MATILDE. ¡Ay talento eres lo ménos!
¡Oh dinero eres lo más! (Vánse fondo derecha.)

ESCENA VIII.

BALTASAR.

¡Ah! pobre Baltasar, sí.
¿Por qué llegaste á pensar
que en el seno de tu hogar
se acordarian de tí?
¿Porqué con irreflexion,
á través de mil azares,
cruzas los azules mares
en busca de un corazon?
Sí un corazon, aunque inmundo,
porque vende su decoro,
comprar puedes con el oro
en cualquier parte del mundo.
¡Oh! siglo de la ambicion,
que á vender todo se atreve
sólo te faltaba aleve
poner precio al corazon.
Siglo que en pasion insana
de ambicion corriente impura
labraste la sepultura
de la dignidad humana.

Yo te doy mi maldicion
con el desden más profundo
pues no quiero tener mundo,
si aún conservo corazon.
(Siéntase y queda pensativo.)

ESCENA IX.

BALTASAS y ELVIRA, por la derecha del fondo.

ELVIRA. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué dislate!
Sólo á la risa provoca,
apenas abre la boca
cuando dice un disparate.
¡¡Donosa comparacion!!
Sino me vengo no callo,
¡¡pues no dice que un caballo
se parece á D. Trifon!!
¡Mas... calla aquí Baltasar!
¿Estás triste?
BALTASAR. No, por cierto.
ELVIRA. ¿Qué tienes?
BALTASAR. Nada.
ELVIRA. Te advierto.
que si vengo á importunar...
BALTASAR. ¿Si hará que afecto la cobre?)
ELVIRA. No estas como ántes contento.
¿Tienes algun sentimiento?
BALTASAR. Sí, Elvira, sí, el de ser pobre.
ELVIRA. Te has vuelto loco, está visto.
BALTASAR. ¿No te asusta la pob;eza?
ELVIRA. Ella es la única nobleza
que vino á honrar Jesucristo.
BALTASAR. (Levantándose y aproximándose á Elvira.)
Tengo una deuda de honor.
ELVIRA. ¿A cuánto asciende?

BALTASAR. A mil duros.
ELVIRA. ¿Y son esos tus apuros?
BALTASAR. Hoy son mi único dolor.
ELVIRA. Pues no es tan grande el rigor,
primo, como tú lo ves.
BALTASAR. ¿Triste mi situacion no es?
ELVIRA. Sí, más fácil es que se acabe.
BALTASAR. ¿Cómo Elvira?
ELVIRA. Dios lo sabe;
con él queda; hasta despues. (Vase derecha.)

ESCENA X.

BALTASAR, JUANA, MATILDE, ENRIQUE, TRIFON, ROQUE.

ENRIQUE. (A Matilde.)
Espero que se decida.
MATILDE. Aún no debo...
ROQUE. (Interrumpiéndoles.)
¿Qué se trata?
TRIFON. (Como no meta la pata
está á disgusto.)
ENRIQUE. (A Matilde.)
Mi vida
la haceis imposible ya;
Matilde no rechaceis...
MATILDE. (Como disgustada.)
Enrique, permitireis
que cuente con mi mamá.
(Se separa de Enrique.)
ENRIQUE. ¡Cuál siempre de mí se aleja!
TRIFON. (A Enrique.)
¡Qué! ¿Marcha bien vuestro asunto?
ENRIQUE. En su madre está. (A Trifon.)
TRIFON. (A Enrique.) Barrunto

que no gustais á la vieja.

JUANA. (A Roque.)
¿Pensais volver á la Habana?

ROQUE. (A Juana.)
Segun salgamos del paso,
pues si salgo bien me caso.

JUANA. (A Roque.)
¿De qué paso?

ENRIQUE. (A doña Juana.)
Doña Juana:
Para calmar mi querella
ya vuestra respuesta, humilde...

JUANA. (Con desprocio.)
Eso es cosa de Matilde
y aún no he contado con ella.
(Se aleja de Enrique y vuelve al lado de D. Roque.)
(A Roque.)
Decia usted que se casa
si salia usted de un paso...

ROQUE. Sí, señora, que me caso
escuchen, pues, lo que pasa.
Enganchado, con rigor,
al afecto de Matilde
va Roque tirando humilde
del carruaje del amor.
Sufriendo, así, del penar
los latigazos amargos,
como están los tiros largos
hoy se los quiere acortar.
Por camino de desvelos,
el alma inquieta y trotando,
señores, vamos llegando
al palacio de los celos.
Mas basta, por San Antonio.
(A Matilde.)
Y dispensad si os digo

¿Querríais tirar conmigo
del coche del matrimonio?

BALTASAR. (Irónico.)
Bien pintó el amor intenso.

TRIFON. Aún falta algo. (Lo mismo.)

BALTASAR. Yo no hallo...

ENRIQUE. Desenganchar el caballo
para que se coma un pienso.

BALTASAR. (A Matilde.)
Justo es ya que á tí te toque
aclarar la situacion.

JUANA. (A Matilde.)
¿En quién recae tu eleccion?

MATILDE. (Vacilando entre D. Roque y Enrique.)
¿En quién mamá?

JUANA. Sí.

MATILDE. En D. Roque.

ENRIQUE. Tal desprecio he de vengar.
¿D. Trifon, se viene?

TRIFON. Sí.

ROQUE. Estoy que no quepo en mí.

ENRIQUE. (A Roque.)
Ya volveremos hablar.

ROQUE. Cuando usted guste, señor.
(Con irse me hacen mercedes.)

TRIFON. Humilde á los piés de ustedes.

(Vánse fondo Enrique y Trifon.)

MATILDE. (Cogiéndose al brazo de D. Roque.)
¿Hace D. Roque el favor?

ROQUE. Sí, mi bello serafin.

BALTASAR. Por estar sério me esfuerzo.

JUANA. Voy á mandar que el almuerzo
nos sirvan en el jardin.

ROQUE. Yo como gusteis, señora.

MATILDE. Sí, será mucho mejor.

JUANA. Id, pues, hácia el cenador.

ROQUE. Hasta despues.
JUANA. Hasta hora.

(Vánse por el fondo derecha Matilde y Roque del brazo y por la izquierda Juana.)

ESCENA XI.

BALTASAR y ELVIRA.

BALTASAR Nunca creí que tal fin
tuviera esta situacion.
Matilde, tu corazon
pobre cosa es y bien ruin,
que sólo desprecio inspira;
sí, sí, y disgusto profundo.

ELVIRA. (Por la derecha y con un estuche en la mano.)
¡Que quieres el mundo es mundo!

BALTASAR. ¡Cómo! ¿Tú otra vez, Elvira?

ELVIRA. Sí, pues te vengo á traer
esto.

BALTASAR. (Tomando el estuche.)
¿Mas es para mí?
(Elvira hace seña afirmativa.)
¿Y quién lo ha traido, dí?

ELVIRA. No te puedo responder. (Váse fondo.)

BALTASAR. ¡¡Oh!! No acierta mi criterio
y de la razon se aparta. (Abriendo el estuche.)
¡¡Diamantes son y una carta!!
Ella explicará el misterio.
(Lee.)
«Al saber que nuestro nombre
por una deuda se empaña,
yo, miembro de la familia,
me creo, primo, obligada
á contribuir tambien
para extinguir esa mancha;

y no teniendo otra cosa
que esa joya, aunque preciada
me sea, pues la heredé
de mi madre digna y santa,
te la ofrezco como debo
y muy contenta si alcanza
á dejar tu honor tan limpio
cual lo desea en el alma
la que siempre te ha querido
y es más que prima tu hermana.»

BALTASAR. Elvira, Elvira, esta accion
hace esclavo mi albedrío,
¡Oh! gracias, gracias, Dios mio,
que hallo al fin un corazon.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion; candelabros sobre las mesas; todos visten con lujo á excepcion de Baltasar. Sobre una mesa una escribanía.

ESCENA PRIMERA.

Doña JUANA y ELVIRA.

JUANA. Gracias á Dios que se acerca
la hora de la ansiada boda,
pues ya está llegando toda
la gente; mas tú tan terca
sin escuchar la razon.

ELVIRA. ¡¡Si cometiera un desliz!!... (Con enojo.)
¡Mas si no he ser feliz
casada con D. Trifon!

JUANA. ¿No has de ser feliz? ¿Por qué?
¿Por qué? dímelo, sobrina,
ya que tu ánimo se inclina
á despreciarle.

ELVIRA. No sé;
pero jamás he sentido
afecto, aunque no te cuadre,
por ese hombre que mi padre
pudiera ser.

JUANA. (Irritada.)
Por marido
le aceptarás, hija mia.
Yo te lo juro por Dios.

ELVIRA. Pues nunca habrá entre los dos
cariño ni simpatía.

JUANA. (Con afectada amabilidad.)
Vamos, tu mente delira;
sé sobrina más humilde;
y ya que casa Matilde,
cásate tambien Elvira.
No me quites la ocasion
de que ante el altar coloque
á un lado á Matilde y Roque
y al otro á Elvira y Trifon.

ELVIRA. No lo habeis de conseguir.

JUANA. (Muy irritada.)
¡Cómo se atreve tu lengua!...

ELVIRA. Fuera para mí una mengua.

JUANA. Mas ¿por qué?

ELVIRA. Lo vais á oir.
La naturaleza amor
muestra, tia, por doquier,
en el hombre y la mujer,
como en el ave y la flor.
Del aura fresca y serena,
en el amoroso arrullo,
se abre el pálido capullo
de la cándida azucena.
Al amor nacen las flores,
al amor surge la fuente
y en su argentina corriente
murmura al amor loores.
El trino del ruiseñor
exhala amor con dulzura
y amor arrebol fulgura

en tu carmíneo color.
Y cuando el mundo respira
en su belleza el amor,
¿quereis, tia, que en rigor,
muera en el pecho de Elvira?
Eso no lo querreis vos,
cual yo no lo quiero tia;
que al quererlo faltaría
á la santa ley de Dios.
Su omnipotente poder,
y esto tia no os asombre,
para pensar hizo al hombre
y para amar la mujer.
Decidle, pues, á Trifon
mi manera de pensar
y déjenme libre amar
cual dicte mi corazon. (Váse derecha.)

ESCENA II.

JUANA.

¡¡Qué discursazo me ha echado!!
¡¡Y cómo, cómo se explica!!
Está visto, que esta chica
haría un buen diputado.
¡¡Qué esto á una tia la pase!!
¡¡Qué una sobrina hable así!!
¿Pero qué me importa á mí
que se case ó no se case?
Que á un pelagatos elija
¿á mí qué mal me reporta?
¡Oh! sí, lo que á mí me importa
es casar pronto á mi hija.

ESCENA III.

DOÑA JUANA y TRIFON, por el fondo.

TRIFON. Buenas noches, doña Juana.
JUANA. Buenas, señor D. Trifon.
TRIFON. ¿Cómo vá mi comision?
JUANA. ¡Ay D. Trifon, muy mediana!
TRIFON. Qué, ¿acaso me va á otorgar
Elvira amargo reproche?
JUANA. No tanto; pero esta noche
ya no os podeis desposar.
TRIFON. ¿Dá en tierra con mi fortuna?
JUANA. Ella en no amaros se obstina;
y ya sabeis mi sobrina
es terca como ninguna.
TRIFON. Alto, pues; no soy tan nécio
que no conozca á mi edad
que el amor y la amistad
deben dar libres su aprecio.
JUANA. ¡¡Desistir!!
TRIFON. Sí, cara amiga.
JUANA. ¡¡Pero eso es una locura!!
TRIFON. El alma que se tortura
sólo ódio y desprecio abriga.
JUANA. Cuando el amor es profundo,
por fin, engendra cariño.
TRIFON. Señora, no soy tan niño
que no conozca ya el mundo.
Debo resignarme, sí,
al desprecio de esa hermosa.
Mas hablando de otra cosa
¿dónde está D. Roque?
JUANA. (Señalando á la izquierda.) Allí,
vistiéndose en su aposento.

¿Quereis hablarle?

TRIFON. Sí á fé.

JUANA. Y, D. Trifon, ¿sobre qué?

TRIFON. Sobre cosas del momento.
Decidle que le esperamos.

JUANA. (Con extrañeza.)
¡¡Le esperamos!! ¡Oh! por Dios
que no entiendo...

TRIFON. Somos dos
los que hablarle deseamos.

JUANA. Pero van á molestarle,
¿para qué?

TRIFON. No es nada malo.

JUANA. (¡Ah! vamos, algun regalo);
voy, D. Trifon á avisarle.

TRIFON. (A la puerta del fondo como si hablase con alguien.)
Desempeñemos honrosa
nuestra comision tan ruda.

JUANA. (Al marchar.)
Un regalo es, sí, no hay duda
no puede ser otra cosa. (Váse izquierda.)

ESCENA IV.

TRIFON y JUAN, luego ROQUE.

TRIFON. (Al fondo.)
Adelante, pues, D. Juan;
salgamos pronto del trance.
¿Trae las armas para el lance?

JUAN. Si, señor, ahí fuera están.

TRIFON. Enrique esperará al fin.

JUAN. Hace tiempo está aguardando
y ahora se está paseando
con otro en ese jardin.

TRIFON. Sus facultades tenemos

no ha de haber vacilaciones;
armas, sitio, condiciones
nosotros arreglaremos.

JUAN. Y si cae en nuestras redes
que se encomiende á San Galo.

ROQUE. (Por la izquierda y con una elegancia ridícula.)
¿Dónde están los del regalo?
Ah, señores, ¿son ustedes?

JUAN. (A Trifon.)
¿A qué regalo aludió?

TRIFON. ¿Y quién lo sabe pardiez?
(Dando una tarjeta á Roque.)
¿Nos hará usted la merced
de aceptar esto?

ROQUE. (Tomando la tarjeta.) ¿Quién yo?

TRIFON. Sí, señor, para usted es.

ROQUE. (Leyendo.)
«Enrique del Caramillo.»
No lo entiendo.

TRIFON Es muy sencillo.

ROQUE. Lo será, pero yo...

JUAN. Pues
hablaremos claro, sí.

TRIFON. Cumpliendo nuestros destinos,
de Enrique somos padrinos
y él nos ha mandado aquí.

ROQUE. (Con satisfaccion.)
¡¡Cuánto celebro, pardiez!!
¡¡Y qué raro es lo que pasa!!
¿Con que ese Enrique se casa?

JUAN. Se va á casar con usted.

ROQUE. ¿Se rie usted?

JUAN. No me rio.

ROQUE. ¿Pues cómo me he de casar?

TRIFON. Hablando en plata, á tratar
venimos de un desafío.

ROQUE. (Asustado.)
¡Oh! santa razon del palo,
la más contundente y negra;
¡¡pues no decia mi suegra,
Santo Dios, que era un regalo!!
JUAN. Mas basta ya ¡oh voto á tal!
TRIFON. (A Juan.)
No produzcamos alarmas.
(A Roque.)
Tiene usted la eleccion de armas.
ROQUE. Todas las manejo igual.
JUAN. Si elige usted la pistola
de buen gusto es arma.
ROQUE. ¿Sí?
¡¡De buen gusto!! para tí,
que para mí, ¡¡carambola!!
TRIFON. Ved que aguardamos los dos;
pronto debe decidir,
que Enrique quiere morir
ó...
ROQUE. Pido que le mate Dios.
TRIFON. A matar pues se aperciba
ó...
ROQUE. ¡¡Matarle!! ¡¡pobrecico,
me da lástima, es un chico;
déjenle ustedes que viva!!
TRIFON. Eso es una necedad;
que Enrique en su empeño fijo...
ROQUE. Que se vaya á Lagartijo
á que le mate y en paz.
TRIFON. Este hombre es un cobardon; (A Juan.)
no va á elegir como ves.
ROQUE. (Decidiéndose.)
La pistola elijo, pues;
mas con una condicion.
JUAN. ¿Una condicion?

ROQUE. Sí, sí.
TRIFON. Se admite si no es cruel.
ROQUE. Que yo he de tirar sobre él
y él no ha de tirarme á mí.
TRIFON. Caballero, vuestro alarde
mal en su favor dispone;
ó que es bravucon supone
ó demasiado cobarde.
ROQUE. ¡¡Cobarde yo!! *so verrugo*
si anduvo tardo mi juicio
fué por dejar con su oficio
al honorable verdugo.
Si yo me pongo á matar,
valgo por diez asesinos
y hasta á los mismos padrinos
acabo por degollar.
JUAN. Sitio, sitio.
ROQUE. El cementerio,
ó cerca de él, si quereis.
TRIFON. ¿Hora?
ROQUE. Es buena á las seis.
TRIFON. Si faltais será más sério.
(Vánse Trifon y Juan fondo.)

ESCENA V.

ROQUE.

¡¡Vaya un lance singular!!
¿Si será en España moda,
que al celebrarse una boda
tenga el novio que matar?
No me figuraba, no,
que ese Enrique armara lios.
A potro de tantos bríos
yo le domaré... sí... yo.

Mas si dado á Lucifer
está con pasion tan negra,
que se case con mi suegra
que áun no tiene tan mal ver.
Aquí viene Baltasar.

ESCENA VI.

ROQUE Y BALTASAR por el fondo.

BALTASAR. ¿Cómo Roque estarte puedes
con tanta calma?
ROQUE. ¡Ay de mí!
¿No sabes tú...?
BALTASAR. Habla, dí,
Roque lo que te sucede:
¿cosa será de tu anhelo?
ROQUE. Es peor.
BALTASAR. Habla, hombre, al fin.
ROQUE. Voy hacerme matachin.
BALTASAR. ¡Cómo! ¡cómo!
ROQUE. Tengo un duelo,
un duelo fenomenal.
BALTASAR. Díme á quién has ofendido;
¿á D. Trifon?
ROQUE ¡Oh, no tal!
A Enrique del Caramillo;
á ese imberbe mozalbete.
BALTASAR. Os batireis á florete.
ROQUE. No, señor, es más sencillo.
Saldré con traje de gala;
llego al sitio, veo el bulto.
y... (Haciendo ademan de tirar.)
¡Pataplum! le sepulto
en la barriga una bala.
BALTASAR. Permite Roque que encuentre

una dificultad sola.
ROQUE. ¿Cuál es?
BALTASAR. (Dándole palmadas en el vientre.)
Para la pistola
es un gran blanco este vientre.
ROQUE. Si yo lo hubiera sabido
no hubiera engordado tanto.
BALTASAR. ¿Y te causa eso quebranto
cuando vas á ser marido?
ROQUE. Tienes razon; mas la ira
me pone muy corto el tiro.
Dispensa si me retiro
para arreglar... (Váse izquierda.)

ESCENA VII.

BALTASAR, ELVIRA, por la derecha.

BALTASAR. ¡Calla! ¡Elvira!
¡Oh! prima mia á tu accion
hoy la debo paz y calma:
por ella disfruta mi alma
de grata satisfaccion.
ELVIRA. (Con timidez.)
Te suplico Baltasar,
que esa cuestion enojosa
no suscites.
BALTASAR. Una hermosa
que sus joyas á empeñar
llega por mí ¿qué merece
cuando un afecto se anima?...
ELVIRA. ¿Olvidas que soy tu prima? (Séria.)
BALTASAR. No, Elvira.
ELVIRA. Pues lo parece; (Lo mismo.)
y ya suscitas mi enfado.
BALTASAR. ¿No permites que me asombre,

cuando por tí brilla el nombre
de mi padre, puro, honrado?

ELVIRA. Mas tanto ya me atormenta,
y me enoja, Baltasar,
que si has podido pagar
aquella olvidada cuenta,
es mi premio la alegría
que ahora siento, te lo juro,
al mirar tu honor tan puro
como el sol del medio dia.

BALTASAR. Mas ¡ay! mi honor te privó
de aquellas joyas tan bellas.

ELVIRA. ¿No viven otras sin ellas (Con indiferencia.)
por qué he de tenerlas yo?

BALTASAR. (Como no padiéndose contener.)
No debo... Oh, sí... mi amor
por tí vive. ¿Mas qué digo? (Reprimiéndose.)
Quise decir soy tu amigo.

ELVIRA. ¿ Sólo amigo ? ¡¡ Qué rigor !!

BALTASAR. Aunque el cariño me sobre
me está privado el amor.

ELVIRA. ¿Quieres decir, Baltasar,
por qué causa?

BALTASAR. ¿No soy pobre?

ELVIRA. ¿No has visto en estrechos lazos
dos séres que amor aduna
sin tener otra fortuna
que la labor de sus brazos?
¿Y es por ventura su vida
ménos feliz, Baltasar,
si en el seno de su hogar
la dulce calma se anida?
Él trabaja con ardor
al frio, al sol inclemente,
é inunda el sudor su frente
sin que le abata el rigor,

ni deje de trabajar;
porque sabe que le aguarda
como un ángel de su guarda
la mujer en el hogar.

BALTASAR. (Cogiéndola una mano con pasion.)
¡Elvira!

ELVIRA. (Con ternura.) ¿Hay dicha mayor
que ver á un hijo dormir,
y, en sus sueños, sonreir
con inocencia y candor?
Ver á un padre con anhelo
contemplando aquella risa
que parece que divisa,
bajando toda del cielo.
¡¡Qué ha de sentir el rigor
de la fatiga!!

BALTASAR. ¡¡Angel mio!!

ELVIRA. Sí, recobra nuevo brío
ante el fruto de su amor.

BALTASAR. ¡Oh!

ELVIRA. Tal pareja feliz,
del santo amor á las llamas
irá extendiendo sus ramas
cual sus pámpanos la vid.

BALTASAR. ¡Oh, Dios!

ELVIRA. Bendita la union,
sí, de las almas sencillas.

(Baltasar cogida una mano de Elvira entre las dos suyas cae de rodillas besando la mano de Elvira. Todo con mucha pasion.)

¿Mas qué haces?

BALTASAR. De rodillas
venerando un corazon.

ESCENA VIII.

DICHOS y DOÑA JUANA, por la izquierda.

JUANA. (Deteniéndose asombrada.)
(¡¡Qué guapito!! Un melodrama
haciendo los dos están.)
(Sacudiendo de un brazo á Baltasar.)
Siga usted, señor galan,
ante los piés de su dama.

ELVIRA. (Con turbacion.)
(¡¡Oh, Dios mio!!)

BALTASAR. (Levantándose y con dignidad.)
Yo el culpable
sólo soy.

JUANA. (Muy irritada.) (¡Vil seductor!)

ELVIRA. (¡¡Qué tortura!!)

JUANA. (A Elvira.) ¡¡Sin rubor!!

BALTASAR. Escuche usted.

JUANA. ¡Miserable!

BALTASAR. Escúcheme y no me ofenda.

JUANA. ¡¡Yo, escucharte!!

ELVIRA. (A Baltasar.) Hablas en balde.

JUANA. Voy á decir al alcalde
que te encierre, que te prenda.

BALTASAR. (Irritado.)
¡¡Tia!!

ELVIRA. (Interponiéndose.)
Calma Baltasar.

JUANA. ¡Ah! como pudiera yo,
al mismo Fernando Poó
habias de ir á parar.

BALTASAR. O atiende usted á razones
ó voy hacer mil extragos.

JUANA. ¡¡Qué no haya una ley de vagos!!

¡¡Qué no haya deportaciones!!
ELVIRA. (Vergüenza mi rostro abrasa.)
BALTASAR. ¡Oh Dios! contenerme quiero.
JUANA. Caballero, caballero
hoy dejará usted la casa
donde hospedaje le han dado.
ELVIRA. (¡Aunque fuera una de estuco!...)
BALTASAR. ¿Qué osa de hospedaje hablar
la que me manda habitar
en un inmundo tabuco?
JUANA. ¡¡Infame, vil!!
BALTASAR. Más despacio,
porque ya se desentona.
JUANA. ¡Vaya, vaya una persona
para habitar un palacio!
BALTASAR. ¿Y vos? que me echais en cara
vuestro mísero hospedaje.
ELVIRA. ¡¡Por Dios, primo!!
JUANA. ¡¡Tanto ultraje!!
¡¡Vil sobrino...!!
BALTASAR. Tia avara.
JUANA. Esto debe ser un sueño
¡¡á mí!! ¡¡á su tia, con motes!!
BALTASAR. ¿Si me querrá dar azotes
como cuando era pequeño?
JUANA. ¡Por infame te prometo!...
BALTASAR. Si yo infame, usted arpía.
JUANA. ¡¡Qué así se trate á una tia!!
¡¡Qué se la falte al respeto!!
¡¡Qué se la hable con desden!!
No puedo ya más. ¡Ah! ¡ah!
ELVIRA. ¡Ay! la convulsion la dió.

(Doña Juana se deja caer sobre un sillon como si padeciera de accidentes. Elvira corre á sostenerla. Baltasar va á acercarse, pero le rechaza Juana como indican los versos siguientes.)

BALTASAR ¡Eh! sujetémosla bien.
JUANA. Que ese infame no me toque.

ESCENA IX.

DICHOS, MATILDE por el fondo, luego ROQUE por la izquierda.

MATILDE. (Entra en escena tranquila y al ver á Juana corre azorada.)
Mamá con la convulsion.
¡Ay! alguna desazon.
(Gritando á la izquierda.)
¡Roque! ¡Mi querido Roque!
ROQUE. ¿Qué pasa?
MATILDE. ¡¡Qué situacion!!
ELVIRA. ¡¡Cuánto ocurre en pocas horas!!
ROQUE. No os alarmeis señoras
que esto no es un torozon.
(Todos sostienen y rodean á doña Juana; Roque en primer término para el público. Hágase lo que el diálogo indique.)
ELVIRA. ¡Que desdicha!
ROQUE. ¡¡Suerte negra!!
¿Dura mucho?
MATILDE. Casi nada.
ROQUE. ¡Vive Dios! que bofetada
que me ha arrimado mi suegra.
BALTASAR. ¡Qué convulsion, es atroz!
MATILDE. Sujeta.
ELVIRA. No hay que soltar.
ROQUE. Con tanto patalear
me va arrimar una coz.
ELVIRA. Del letargo no despierta.
BALTASAR. Dejad que los brazos saque.
(En este momento, Roque, al atravesar por delante de Juana es cogido por esta por los faldones, de modo,

que, al simular Juana las convulsiones, tire de Roque, el cual, á su vez, hará por desasirse.

ROQUE. ¿Quién me ha cogido del fraque?
¡¡Ah demonio, no está muerta!!
Suelte que me rompe el traje.
MATILDE. ¡Por Dios mamá! (Atribulada.)
BALTASAR. Ya respira.
ROQUE. Ni el mismo Lucifer tira
con más brío ni coraje.

(Momento de confusion como si aumentaran las convulsiones.)

ELVIRA. ¿No pasa?
BALTASAR. Creo que sí.
MATILDE. ¡Qué fatiga, qué ansiedad!
ROQUE. Toda la electricidad
la está descargando en mí.

(En el último esfuerzo, ó sea en este instante, deja los faldones en manos de doña Juana.)

ELVIRA. Terminó la convulsion.
MATILDE. Por fin respiro.
BALTASAR. Ya era hora.
ROQUE. (Dando vueltas y mirándose por detrás.)
Me ha dejado esta señora
como el gallo de Moron.
JUANA. (Como cansada.)
¡¡Qué fatiga!!
MATILDE. (A Juana.) Ya ha pasado.
JUANA. ¿Y Roque?
MATILDE. Siempre tan tierno.
ROQUE. Aquí está el futuro yerno
á quien habeis desplumado.
MATILDE. Ya han traido mamá las galas.
JUANA. Tu Roque merece un premio.
MATILDE. ¡Oh! sí.
ROQUE. El de entrar en el gremio
alicorto.

JUANA. ¿Qué?...

ROQUE. Sin alas.

BALTASAR. Que fuerte ha sido el ataque. (A Roque.)

ROQUE. La gente llegando está. (Rumor.)

MATILDE. Preparémonos, mamá.

(Se ponen Elvira y Matilde á arreglar el traje de doña Juana.)

ROQUE. Y á mí ¿quién me arregla el fraque?

JUANA. (Reconociendo los faldones que aún tendrá en la mano.)
¡¡Jesús!!

ROQUE. Hizo maravillas.
(Señalando á la puerta.)
¡Oh! si otra vez desfallece...

BALTASAR. (A Roque.)
Más que á casarte parece
vas á poner banderillas.

ESCENA X.

DICHOS, ENRIQUE, TRIFON, y un Notario, con papeles debajo del brazo.

NOTARIO. ¿Dan su permiso?

JUANA. (Saliendo á recibirle.)
Adelante.

MATILDE. (¡¡Enrique!! ¡¡Qué extraordinario!!)

NOTARIO. (Saludando.)
¡Servidor!...

JUANA. Señor Notario
en esa mesa.

(El Notario deja los papeles sobre la mesa y se sienta al lado.)

ENRIQUE. Anhelante
estoy.

BALTASAR. Llegó mi venganza.

ENRIQUE. ¿Está enterado tambien? (A Trifon.)
TRIFON. (A Enrique y señalando á Elvira.)
Vengo á presenciar el bien
que hoy su corazon alcanza.
JUANA. (Que hiel traga mi sobrino;
ya me vengo de su ultraje.)
ROQUE. (Procurando no dar la espalda.)
(Con este cambio de traje...)
MATILDE. (A Roque.)
¿Quien va á ser nuestro padrino?
ROQUE. Baltasar.
BALTASAR. ¡Oh, yo, no!
ENRIQUE. No puede ser: lo soy yo.
JUANA. (Con asombro.)
¿Qué escucho?
MATILDE. (Confusa toda...)
JUANA. ¿No decís un desatino?
¿Vos Enrique? ¿Vos padrino?
ENRIQUE. (Con aplomo.)
Sí, señora, de esta boda.
(Al Notario.)
Lea usted.
NOTARIO. (Hojeando.) Voy diligente.
ELVIRA. Estoy presintiendo un mal.
NOTARIO. (Leyendo.)
«Contrato matrimonial
»de Baltasar de la Fuente...
JUANA. (Acercándose al Notario y muy incomodada.)
Ya no sirve ese papel.
NOTARIO. (Continuando leyendo.)
»con su prima... (Suspenso aguardando le dicten toma la pluma.)
ENRIQUE. (Dictando.) Doña Elvira.
¿No es eso? (A Baltasar.)
BALTASAR. Sí. (Con firmeza.)
JUANA. (Al Notario.) ¡Oh Dios, delira!

Si quien se casa no es el
sino...

ENRIQUE. (Interrumpiendo.) Basta de sermones.

BALTASAR. Lea la carta dotal.

NOTARIO. (Leyendo.)
»Dos ingénios...

BALTASAR. El total
solamente.

NOTARIO. Diez millones.

MATILDE. (Mal me siento.)

JUANA. (Pasándose la mano por la frente.)
Sí, un sueño es.

ELVIRA. ¿Pero es cierto, Baltasar?

BALTASAR. Y es poco para premiar
tu noble desinterés.

ELVIRA. (Con timidez.)
Yo no debo...

BALTASAR. (Tomándola de la mano.)
Elvira, sí.
Noble yo y acaudalado
un corazon he buscado
y sólo le he hallado en tí.

JUANA. Luego fingiste el anhelo...

BALTASAR. Para probar...

JUANA. ¡¡Me atolondras!!

BALTASAR. Y ví á las dos como alondras
acudir á un espejuelo.
(Con ironía.)
Si al brillo, á la posicion,
pedís la felicidad
que Dios os la otorgue en paz;
yo la hallo en un corazon.

MATILDE. ¡Oh! no espereis que replique;
castigo es bien merecido.
(A Enrique.)
Si su amor no he comprendido

vengado quedais, Enrique.
ENRIQUE. Dios á quien se humilla exalta.
Os otorgo mi perdon.
MATILDE. No admito esa compasion.
ENRIQUE. ¿Lo impide acaso...?
MATILDE. Mi falta.
BALTASAR. No es justo ese pensamiento
que hay un bálsamo en la vida
para curar esa herida.
MATILDE. ¿Cuál es?
BALTASAR. Arrepentimiento.
ENRIQUE. No poseo otro caudal
que mi amor.
MATILDE. Seré su esposa.
Que un alma tan generosa
es el mejor capital.
TRIFON. No tiene el alma tan vana.
JUANA Sólo soy la que he pecado.
ROQUE. Si no estuviera casado
cargaba con doña Juana.
JUANA. ¿Casado usted?
BALTASAR. Si lo está.
JUANA. (A Baltasar.)
¿Pues quién es?
BALTASAR ¡Oh! yo lo callo.
ROQUE. Señora, casi un caballo.
BALTASAR. Fué cochero de papá:
desde hoy mi administrador
le nombra aquí mi cariño.
ROQUE. Le conocí desde niño,
y es un ángel mi señor.
BALTASAR. Ya desde hoy tu oficio dejas.
ROQUE. Fuera para mí un reproche
si no guiara yo el coche
que lleve las dos parejas.
ELVIRA. (A Baltasar.)

¡¡Oh, qué feliz, ser tu esposa!!

MATILDE. (A Enrique.)
Dichosa me hace el perdon.

JUANA. Ea, vamos al salon.

RCQUE. Aún no, que falta una cosa.
Público: si no te causo
un enojo singular,
permite á Roque buscar
en tu indulgencia un aplauso.

FIN.